

# Rimas

Gustavo Adolfo Bécquer

## Introducción sinfónica

**P**or los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse al beso del sol en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en terrible, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por donde salir a la luz, de las tinieblas en que viven. Pero, ¡ay, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra tímida y perezosa se niega a secundar sus esfuerzos! Mudos, sombríos e impotentes, después de

la inútil lucha vuelven a caer en su antiguo marasmo. Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cae el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino.

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres: ellas son la causa desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí: paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término y a éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya, como las raquílicas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia, disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso a las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Anda, pues! andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables. Os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estrofa tejida de frases exquisitas, en las que os pudierais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. ¡Mas es imposible!

No obstante necesito descansar: necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo, por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que avienta por el aire la muerte antes que su Creador haya podido pronunciar el fiat lux que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque a la vida de la realidad del limbo en que vivís, semejantes a fan-

tasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan a la vez que el instrumento las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza a flaquear y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué casos he soñado y cuáles me han sucedido; mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales; mi memoria clasifica, revueltos nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado con los de días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si morir es dormir, quiero dormir en paz en la noche de la muerte sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo a cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje; de una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanqui, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

La mujer de piedra

(Fragmento)

Yo tengo una particular predilección hacia todo lo que no puede vulgarizar el contacto o el juicio de la multitud indiferente. Si pintara paisajes, los pintaría sin figuras. Me gustan las ideas peregrinas que resbalan sin dejar huella por las inteligencias de los hombres positivistas, como una gota de agua sobre un tablero de mármol. En las ciudades que visito busco las calles estrechas y solitarias: en los edificios que recorro los rincones oscuros y los ángulos de los patios interiores donde crece la yerba, y la humedad enriquece con sus manchas de color verdoso la tostada tinta del muro; en las mujeres que me causan impresión, algo de misterioso que creo traslucir confusamente en el fondo de sus pupilas, como el resplandor incierto de

una lámpara que arde ignorada en el santuario de su corazón, sin que nadie sospeche su existencia; hasta en las flores de un mismo arbusto creo encontrar algo de más pudoroso y excitante en la que se esconde entre las hojas y allí, oculta, llena de perfume el aire sin que la profanen las miradas. Encuentro en todo ello algo de la virginidad de los sentimientos y de las cosas.

Esta pronunciada afición degenera a veces en extravagancia y sólo teniéndola en cuenta podrá comprenderse la historia que voy a referir.

### I

Vagando al acaso por el laberinto de calles estrechas y tortuosas de cierta antigua población castellana, acerté a pasar cerca de un templo en cuya fachada el arte ojival y el bizantino, amalgamados por la mano de dos centurias, habían escrito una de las páginas más originales de la arquitectura española. Una ojiva, gallarda y coronada de hojas de cardo desenvueltas, contenía la redonda clave del arco de la iglesia, en la que el tosco picapedrero del siglo XII dejó esculpidas, en interminables hileras de figuras enanas y características de aquel siglo, las más extrañas fantasías de su cerebro, rico en leyendas y piadosas tradiciones. Por todo el frente de la fachada se veían, interpolados con un desorden, del cual no obstante resultaba cierta inexplicable armonía, fragmentos de arcadas románicas incluidas en lienzos de muro, cuyos entrepaños dibujaban las descarnadas líneas de los pilares acodillados, con sus basas angulosas y sus capiteles de espárrago, propios del género gótico; trozos de molduras compuestas de adornos circulares combinados geoméricamente que se interrumpían a veces para dejar espacio a la ornamentación afiligranada y ondeante de una ventana de arco apuntado, enriquecido de figurinas más airosas y altas, y adornada de vidrios de colores. Adonde quiera que se fijaban los ojos, podían observarse detalles delicados de los dos géneros a que pertenecía el edificio y muestras de la feliz alianza con que la generación posterior supo, imprimiéndole su sello especial, conservar algo de la fisonomía y el espíritu severo y sencillo en su tosquedad, del primitivo monumento.

Siguiendo una invariable costumbre mía, después de haber contemplado atentamente la fachada del templo, de haber abarcado el conjunto del pórtico, con la cuadrada torre bizantina y las puntas de las agudas flechas ojivales que coronaban, flanqueándola, la cúpula de la nave central, comencé a dar vueltas alrededor de su recinto, inspeccionando sus muros, que ora, se presentaban en lienzos de prolongadas líneas, ora se escondían tras algunas miserables casuquillas adosadas a los sillares, para asomar mar a lo lejos sus dentelladas crestas por cima de los humildes tejados. A poco de comenzada esta minuciosa inspección de la parte exterior del templo, y habiendo cruzado por debajo de un pasadizo cubierto que, a manera de puente, unía la iglesia a un antiguo edificio contiguo a ella, me encontré en una pequeña plaza de forma irregular, cuyo perímetro dibujaban por un lado la antiquísima portada de un palacio en ruinas, y por otro las altas y descarnadas tapias del jardín de un convento; ocupando el resto y cerrando el mal trazado semicírculo de aquella placeta sin salida, parte de la vetusta muralla romana de la población y el ábside del templo que acababa de admirar, ábside maravilloso de color y de formas, y en el cual, satisfecho sin duda el maestro que lo trazó, al verle tan gallardo y rico de líneas y accidentes, empleó para ejecutarle los más hábiles artífices de aquella época, en que era vulgar labrar la piedra con la exquisita ligereza con que se teje un encaje.

Por grande que sea la impresión que me causa un objeto, expuesto de continuo a la mirada del vulgo, parece como que la debilita la idea de que aquella impresión tengo que compartirla con muchos otros. Por el contrario, cuando descubro un detalle o un accidente que creo ha pasado hasta entonces desapercibido, encuentro cierta egoísta voluptuosidad en contemplarle a solas, en creer que únicamente para mí existe guardado, para que yo lo aspire y goce un delicado perfume de virginidad y misterio. Al encontrar en el ángulo de aquella pequeña plaza, cuyo piso cubierto de menuda yerba indica bien a las claras su soledad continua, el cubo de piedra, flanqueado de arbotantes terminados en agudos pináculos de granito, que constituía el ábside o parte posterior del magnífico templo, experimenté una sensación profunda, semejante a la del avaro que, removiendo la tierra, encuentra inopinadamente un tesoro. Y en efecto, para un entusiasta por el arte, aquel armonioso conjunto de líneas elegantes y airoas, aquella proporción de ojivas rasgadas y llenas de delicadas tracerías, por entre cuyos huecos se dibujaban confusamente los vidrios de color, enriquecidos de imágenes, hojas revueltas y blasones heráldicos, junto con las grandes

masas de sombra y luz que ofrecían los pilares, al presentarse iluminados de una claridad dorada, mientras bañaban los muros con sus anchos baticientes azulados y ligeros, constituían una verdadera maravilla.

Largo rato estuve contemplando obra tan magnífica, recorriendo con los ojos todos sus delicados accidentes y deteniéndome a desentrañar el sentido simbólico de las figurillas monstruosas y los animales fantásticos, que se ocultaban o aparecían alternativamente entre los calados festones de las molduras. Una por una admiré las extrañas creaciones con que el artífice había coronado el muro para dar salida a las aguas por las fauces de un grifo, de una sierpe, de un león alado o de un demonio horrible con cabeza de murciélago y garra de águila; una por una estudié asimismo las severas y magníficas cabezas de las imágenes de tamaño natural que, envueltas en grandes paños, simétricamente plegados, custodiaban inmóviles el santuario, como centinelas de granito, desde lo alto de las caladas repisas que formaban, al unirse y retorcerse entre sí las hojas y los nervios de los pilares exteriores. Todas ellas pertenecían a la mejor época del arte ojival ofreciendo en sus contornos generales, en la expresión de sus rostros y en la propia y acentuada plegaría de sus ropas el modelo perfecto del misterioso canon establecido por los ignorados escultores que, siguiendo una tradición que arranca de las logias germanas, poblaron de un mundo de piedra las catedrales de toda la Europa. Heraldos con blasonadas casullas, ángeles con triples alas, evangelistas, patriarcas y apóstoles llamaban hacia sí, por sus imponentes o graciosas formas, por sus cualidades de ejecución o de gallardía, la atención y el estudio del que los contemplaba; pero y entre todas estas figuras una fue la que logró impresionarme con una impresión semejante a la que al descubrirlo me produjo el ábside de la iglesia: una figura que parecía reconcentrar todo el interés de aquella máquina maravillosa, para la cual parecía levantada la mejor y más hermosa parte del monumento como pedestal de una estatua o marco de un cuadro de la cual podía decirse era la pudorosa flor que, escondida entre las hojas, perfumaba de misterio y poesía aquella selva petrificada y apocalíptica, en cuyo seno y por entre las guirnaldas de acanto, los tréboles y los cardos puntiagudos pululaban millares de criaturas deformes, reptiles, sierpes, trasgos y dragones con alas membranosas e inmensas.

Yo guardo aún vivo el recuerdo de la imagen de piedra, del rincón solitario, del color y de las formas que armoniosamente combinadas formaban un conjunto inexplicable; pero no creo posible dar con la palabra una idea de

ella, ni mucho menos reducir a términos comprensibles la impresión que me produjo.

Sobre una repisa volada, compuesta de un blasón entrelazado de hojas y sostenido por la deforme cabeza de un demonio, que parecía gemir con espantosas contorsiones bajo el peso del sillar, se levantaba una figura de mujer esbelta y airosa. El dosel de granito, que cobijaba su cabeza, trasunto en miniatura de uno de esas torres agudas y en forma de linterna que sobresalen majestuosas sobre la mole de las catedrales, bañaba en sombra su frente. Una toca plegada recogía sus cabellos de los cuales se escapaban dos trenzas, que bajaban ondulando desde el hombro hasta la cintura, después de encerrar como en un marco el perfecto óvalo de su cara. En sus ojos modestamente entornados parecía arder una luz que se transparentaba al través del granito; su ligera sonrisa animaba todas las facciones del rostro de un encanto suave, que penetraba hasta el fondo del alma del que la veía, agitando allí sentimientos dormidos, mezcla confusa de impulsos de éxtasis y de sombras de deseos indefinibles...

El sol, que doraba las agudas flechas de los arbotantes, que arrojaba sobre el templo el dentellado batiente de las almenas del muro y perfilaba de luz el ennegrecido y roto blasón de la casa solariega, que cerraba uno de los costados de la plaza, comenzó poco a poco a ocultarse detrás de una masa de edificios cercanos. Las sombras tendidas antes por el suelo y que insensiblemente se habían ido alargando hasta llegar al pie del ábside, por cuyos lienzos subían como una marea creciente, acabaron por envolverle en una tinta azulada y ligera. La silueta oscura del templo se dibujó vigorosa sobre el claro cielo del crepúsculo que se desarrollaba a su espalda limpio y transparente como esos fondos luminosos que dejan ver por un hueco las tablas de los antiguos pintores alemanes. Los detalles de la arquitectura comenzaban a confundirse, los ángulos perdían algo de la dureza de sus cortes a bisel, las figuras de los pilares se dibujaban indecisas, como fantasmas sin consistencia, envueltas en la oscuridad que arrojaban sobre ellas los monumentales doseles.

Inmóvil, absorto en una contemplación muda, yo permanecía aún con los ojos fijos en la figura de aquella mujer, cuya especial belleza había herido mi imaginación de un modo tan extraordinario. Parecíame a veces que su contorno se desfumaba entre la oscuridad, que notaba en toda ella como una imperceptible oscilación, que de un momento a otro iba a moverse y



adelantar el pie que se asomaba por entre los grandes pliegues de su vestido al borde de la repisa.

Y así estuve hasta que la noche cerró por completo. Una noche sin luna, sin más que una confusa claridad de las estrellas que apenas bastaba a destacar unas de otras las grandes masas de construcción que cerraban el ámbito de la plaza. Yo creía, no obstante, distinguir aún la imagen de la mujer entre las tinieblas. Mas no era verdad. Lo que veía de una manera muy confusa era el reflejo de aquella visión, conservada por la fantasía, porque cuando me separé de allí aún creía percibirla flotando delante de mí entre las espesas sombras de las torcidas calles que conducía a mi alojamiento.

## II

Por qué durante los catorce o quince días que llevaba de residencia en aquella población, aunque continuamente estuve dando vueltas sin rumbo fijo por sus calles, nunca tropecé con aquella iglesia y aquella plaza, y desde la tarde en que la descubrí, todos los días fuera el que fuese el camino que emprendiera siempre iba a dar a aquel sitio, es lo que yo no podré explicar nunca, como nunca pude darme razón cuando muchacho por qué para ir a cualquier punto de la ciudad donde nació eran preciso pasar antes por la casa de mi novia. Pero ello era que unas veces de propósito hecho, otras por casualidad, ya porque por las mañanas se tomaba bien el sol contra la tapia del convento, ya porque al caer la tarde de un día nebuloso y frío se sentía allí menos el embate del aire diariamente, y a todas horas podía encontrármeme frente al ábside de la iglesia, sentado en algunas piedras amontonadas al pie del arco de la antigua casa solariega, y con los ojos clavados en aquella figura que parecía atraerme así con una fuerza irresistible.

Más de una vez, deseando llevar conmigo un recuerdo de ella, intenté copiarla. Tantas como lo intenté rompí en pedazos el lápiz y maldije de la torpeza de mi mano, inhábil para fijar el esbelto contorno de aquella figura. Acostumbrado a reproducir el correcto perfil de las estatuas griegas, irreprochables de forma pero debajo de cuya modulada superficie cuando más

se ve palpar la carne y plegarse o dilatarse el músculo, no podía encontrar la fórmula de aquella estatua, a la vez incorrecta y hermosa, que sin tener la idealidad de forma del antiguo, antes por el contrario, rebosando vida real en ciertos detalles, tenía, sin embargo, en el más alto grado el ideal del sentimiento y la expresión. Inmóvil, las ropas cayendo a plomo y vistiendo de amplios partados de pliegues el tronco para detenerse, quebrando las líneas al tocar el pedestal, los ojos entornados, las manos cruzadas sobre un libro de oraciones, y el largo brial perdido entre las ondulaciones de la falda, podía asegurarse, hacía al menos el efecto de que debajo de aquel granito circulaba como un fluido sutil un espíritu que le prestaba aquella vida incomprendible, vida de idea sin movimiento y sin agitación, vida extraña que no he podido traslucir jamás en esas otras figuras, cuyas ropas mueve el aire al marchar, cuyas facciones se contraen o dilatan con una determinada expresión y que, a pesar de todo, son únicamente al tocar la meta de la perfección posible mármol que se mueve como un maravilloso autómatas, sin sentir ni pensar.

Indudablemente la fisonomía de aquella escultura reflejaba la de una persona que había existido. Podían observarse en ella ciertos detalles característicos que sólo se reproducen delante del natural o guardando un vivísimo recuerdo. Las obras de la imaginación tienen muchos puntos de contacto entre sí. Hay una belleza típica y uniforme hacia la que, así en lo bueno como en lo malo, se nota la tendencia: el placer y el dolor, la risa y el llanto tienen expresiones especiales, consignadas por las reglas. La cabeza de aquella mujer rompía con todas las tradiciones, era hermosa sin ser perfecta; ofrecía rasgos tan propios como los que se notan en un retrato de la mano de un maestro, el cual tiene tanta personalidad, por decirlo así, que aun sin conocer el tipo a que se refiere, se siente la verdad de la semejanza. Cada mujer tiene su sonrisa propia y esa suave dilatación de los labios toma formas infinitas, perceptibles apenas, pero que les sirve de sello. La hermosa mujer de piedra que contemplaba extasiado, tenía asimismo una sonrisa suya, que le daba tal carácter y expresión que enamorarse de aquel gesto especial era enamorarse de aquella escultura, pues no sería posible hallar otra perfectamente semejante. Con los ojos entornados y los labios ligerísimamente entreabiertos parecía que pensaba algo agradable y que la luz de su pura e interior alegría se revelaba por medio de reflejos imperceptibles, como se acusa por la transparencia la luz que arde dentro de un vaso de alabastro. ¿Pero quién era aquella mujer? ¿Por qué capricho el escultor interrumpiendo la larga fila de graves personajes que rodean el áb-

side, había colocado en el sitio más escondido, es verdad, pero seguramente el que parecía más misterioso y como el santa sanctorum de toda la fábrica arquitectónica, aquella figura que tenía algo de ángel, pero que carecía de alas, que revelaba en su rostro la dulzura y la bondad de los bienaventurados, pe[ro que] no ostentaba sobre su cabeza el nimbo celeste [de los santos] y de los apóstoles? ¿Sería acaso recuerdo de una protectora del templo? No podía ser. Yo había visto posteriormente la oscura losa sepulcral que cubría los restos del fundador, prelado valeroso que contribuyó con un rey leonés a la reconquista de aquel pueblo, y en la capilla mayor a la sombra de un lucillo realzado de gótica crestería, había tenido igualmente ocasión de examinar las tumbas con estatuas yacentes de los ilustres magnates que en época posterior restauraron la iglesia, imprimiéndole el carácter ojival. En ninguno de estos monumentos funerarios encontré un blasón que tuviese siquiera un cuartel del que se veía en la repisa de la estatua del ábside. ¿Quién podría ser entonces? Es muy común encontrar en las portadas de las catedrales, en los capiteles de los claustros y las entre ojivas de la urna de los sepulcros góticos multitud de figuras extrañas, y que sin embargo parece que se refieren a personajes reales, indescifrable simbolismo de los escultores de aquella época con el cual escribían a la manera que los egipcios en sus obeliscos, sátiras, tradiciones, páginas personales, caricaturas, o fórmulas cabalísticas de alquimia o adivinación. Cuando la inteligencia se ha acostumbrado a deletrear esos libros de piedra poco a poco se va haciendo la luz en el caos de líneas y accidentes que ofrecen a la mirada del profano, el cual necesita mucho tiempo y mucha tenacidad para iniciarse en sus fórmulas misteriosas y sorprender una a una las letras de su escritura jeroglífica. A fuerza de contemplación y meditaciones, yo había llegado por aquella época a deletrear algo del oscuro germanismo de los monumentos de la Edad Media; sabía buscar en el recodo más sombrío de los pilares acodillados el sillar que contenía la marca masónica de los constructores, calculaba con acierto el machón o la parte del muro que gravitaba sobre [el arca] de plomo o la piedra redonda en que se grababan [con el nombre] de secta del maestro, su escuadra, el martillo y la simbólica estrella de cinco puntas, o la cabeza del pájaro que recuerda el ibis de los faraones. Una parábola, aun bajo el segundo velo, una alusión histórica o un rasgo de las costumbres, aunque ataviadas con el disfraz místico, no era fácil que pasase desapercibido a mis ojos si la hacía objeto de inspección minuciosa. No obstante, por más que buscaba la cifra del misterio, sumando y restando la entidad de aquella figura con las que la rodeaban, por más que trataba de encontrar una relación entre ella y las creaciones de los

capiteles y franjas, algunas de efecto microscópico, y combinaba el todo con la idea del diablo que abrazaba el escudo, gimiendo bajo el peso de la repisa, nunca veía claro, nunca me era posible explicarme el verdadero objeto, el sentido oculto, la idea particular que movió al autor de la imagen para modelarla con tanto amor e imprimirle tan extraordinario sello de realismo. Cierto que algunas veces creía ver flotar ante mi vista el hilo de luz que había de conducirme seguro a través del dédalo de confusas ideas de mi fantasía y por un momento se me figuraba encontrar y ver palpable la escondida relación de los versos sueltos de aquel maravilloso poema de piedra, en el cual se presentaba en primer término y rodeaba de ángeles y monstruos, de santos y de hijos de las tinieblas, la imagen de la desconocida dama, como Beatriz en la divina y terrible trilogía del genio florentino, pero también es verdad que, después de vislumbrar todo un mundo de misterios como iluminado por la breve luz de un relámpago, volvía a sumergirme en nuevas dudas y más profunda oscuridad.

Entregado a estas ideas pasaba días enteros...

### I

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre

domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra  
capaz de encerrarle, y apenas ¡oh, hermosa!  
si teniendo en mis manos las tuyas  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

**II**

Saeta que voladora  
cruza, arrojada al azar,  
y que no se sabe dónde  
temblando se clavará;

hoja que del árbol seca  
arrebata el vendaval,  
sin que nadie acierte el surco  
donde al polvo volverá.

Gigante ola que el viento  
riza y empuja en el mar  
y rueda y pasa y se ignora  
qué playa buscando va.

Luz que en cercos temblorosos  
brilla próxima a expirar,  
y que no se sabe de ellos  
cuál el último será.

Eso soy yo que al acaso  
cruzo el mundo sin pensar  
de dónde vengo ni a dónde  
mis pasos me llevarán.

**III**

Sacudimiento extraño  
que agita las ideas  
como huracán que empuja  
las olas en tropel.

Murmullo que en el alma

se eleva y va creciendo  
como volcán que sordo  
anuncia que va a arder.

Deformes siluetas  
de seres imposibles,  
paisajes que aparecen  
como al través de un tul.

Colores que fundiéndose  
remedan en el aire  
los átomos del Iris  
que nadan en la luz.

Ideas sin palabras,  
palabras sin sentido;  
cadencias que no tienen  
ni ritmo ni compás.

Memorias y deseos  
de cosas que no existen;  
accesos de alegría,  
impulsos de llorar.

Actividad nerviosa  
que no halla en qué emplearse;  
sin riendas que le guíen  
caballo volador.

Locura que el espíritu  
exalta y desfallece;  
embriaguez divina  
del genio creador.  
Tal es la inspiración.

Gigante voz que el caos  
ordena en el cerebro  
y entre las sombras hace  
la luz aparecer,

brillante rienda de oro  
que poderosa enfrena  
de la exaltada mente  
el volador corcel.

Hilo de luz que en haces  
los pensamientos ata,  
sol que las nubes rompe  
y toca en el cenit.

Inteligente mano  
que en un collar de perlas  
consigue las indóciles  
palabras reunir.

Armonioso ritmo  
que con cadencia y número  
las fugitivas notas  
encierra en el compás.

Cinzel que el bloque muerde  
la estatua modelando,  
y la belleza plástica  
añade a la ideal.

Atmósfera en que giran  
con orden las ideas,  
cual átomos que agrupa  
recóndita atracción.

Raudal en cuyas ondas  
su sed la fiebre apaga,  
descanso en que el espíritu  
recobra su vigor.  
Tal es nuestra razón.

Con ambas siempre en lucha  
y de ambas vencedor,

tan sólo al genio es dado  
a un yugo atar las dos.

## IV

No digáis que agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas,  
mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista,  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías,  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista,  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a do camina,  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,  
sin que los labios rían;  
mientras se llore, sin que el llanto acuda  
a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan,  
mientras haya esperanzas y recuerdos,



¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran,  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira,  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas,  
mientras exista una mujer hermosa  
¡habrá poesía!

### V

Espíritu sin nombre,  
indefinible esencia,  
yo vivo con la vida  
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,  
del sol tiemblo en la hoguera,  
palpito entre las sombras  
y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro  
de la lejana estrella,  
yo soy de la alta luna  
la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube  
que en el ocaso ondea,  
yo soy del astro errante  
la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,  
soy fuego en las arenas,

azul onda en los mares  
y espuma en las riberas.

En el laúd soy nota,  
perfume en la violeta,  
fugaz llama en las tumbas  
y en las ruinas yedra.

Yo atrueno en el torrente  
y silbo en la centella  
y ciego en el relámpago  
y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,  
susurro en la alta yerba,  
suspiro en la onda pura  
y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos  
del humo que se eleva  
y al cielo lento sube  
en espiral inmensa.

Yo en los dorados hilos  
que los insectos cuelgan,  
me mezco entre los árboles  
en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas  
que en la corriente fresca  
del cristalino arroyo  
desnudas juegan.

Yo en bosques de corales  
que alfombran blancas perlas,  
persigo en el océano  
las náyades ligeras.

Yo en las cavernas cóncavas

do el sol nunca penetra,  
mezclándome a los gnomos  
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos  
las ya borradas huellas  
y sé de esos imperios  
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo  
los mundos que voltean,  
y mi pupila abarca  
la creación entera.

Yo sé de esas regiones  
a do un rumor no llega,  
y donde informes astros  
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo  
el puente que atraviesa,  
yo soy la ignota escala  
que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible  
anillo que sujeta  
el mundo de la forma  
al mundo de la idea.

Yo en fin soy ese espíritu,  
desconocida esencia,  
perfume misterioso  
de que es vaso el poeta.

## VI

Como la brisa que la sangre orea  
sobre el oscuro campo de batalla,  
cargada de perfumes y armonías  
en el silencio de la noche vaga.

Símbolo del dolor y la ternura,  
del bardo inglés en el horrible drama,  
la dulce Ofelia, la razón perdida,  
cogiendo flores y cantando pasa.

## VII

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo,  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz como Lázaro espera  
que le diga «Levántate y anda»!

**VIII**

¡Cuando miro el azul horizonte  
perderse a lo lejos,  
al través de una gasa de polvo  
dorado e inquieto,  
me parece posible arrancarme  
del mísero suelo  
y flotar con la niebla dorada  
en átomos leves  
cual ella deshecho!

Cuando miro de noche en el fondo  
oscuro del cielo  
las estrellas temblar como ardientes  
pupilas de fuego,  
me parece posible a dó brillan  
subir en un vuelo,  
y anegarme en su luz, y con ellas  
en lumbre encendido  
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo  
ni aún sé lo que creo;  
sin embargo estas ansias me dicen  
que yo llevo algo  
divino aquí dentro.

**IX**

Besa el aura que gime blandamente  
las leves ondas que jugando riza;  
el sol besa a la nube en occidente  
y de púrpura y oro la matiza;

la llama en derredor del tronco ardiente  
por besar a otra llama se desliza  
y hasta el sauce inclinándose a su peso  
al río que le besa, vuelve un beso.

### X

Los invisibles átomos del aire  
en derredor palpitan y se inflaman,  
el cielo se deshace en rayos de oro,  
la tierra se estremece alborozada.  
Oigo flotando en olas de armonías  
rumor de besos y batir de alas;  
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?  
¿Dime?... ¡Silencio! ¡Es el amor que pasa!

### XI

-Yo soy ardiente, yo soy morena,  
yo soy el símbolo de la pasión,  
de ansia de goces mi alma está llena.  
¿A mí me buscas?  
-No es a ti: no.

-Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,  
puedo brindarte dichas sin fin.  
Yo de ternura guardo un tesoro.  
¿A mí me llamas?  
-No: no es a ti.

-Yo soy un sueño, un imposible,

vano fantasma de niebla y luz;  
soy incorpórea, soy intangible:  
no puedo amarte.  
-¡Oh, ven; ven tú!

### XII

Porque son, niña, tus ojos  
verdes como el mar te quejas;  
verdes los tienen las náyades,  
verdes los tuvo Minerva,  
y verdes son las pupilas  
de las hurís del Profeta.

El verde es gala y ornato  
del bosque en la primavera.  
Entre sus siete coloresbrillante el Iris lo ostenta.

Las esmeraldas son verdes,  
verde el color del que espera  
y las ondas del Océano  
y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana  
rosa de escarcha cubierta,  
en que el carmín de los pétalos  
se ve al través de las perlas.

Y sin embargo,  
sé que te quejas,  
porque tus ojos  
crees que la afean:  
pues no lo creas.

Que parecen sus pupilas,

húmedas, verdes e inquietas,  
tempranas hojas de almendro  
que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes  
purpúrea granada abierta  
que en el estío convida  
a apagar la sed con ella.

Y sin embargo,  
sé que te quejas,  
porque tus ojos  
crees que la afean:  
pues no lo creas.

Que parecen, si enojada  
tus pupilas centellean,  
las olas del mar que rompen  
en las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona  
crespo el oro en ancha trenza,  
nevada cumbre en que el día  
su postrera luz refleja.

Y sin embargo,  
sé que te quejas,  
porque tus ojos  
crees que la afean:  
pues no lo creas.

Que, entre las rubias pestañas,  
junto a las sienes, semejan  
broches de esmeralda y oro  
que un blanco armiño sujetan.

Porque son, niña, tus ojos  
verdes como el mar te quejas;  
quizás si negros o azules



se tornasen lo sintieras.

### XIII

Tu pupila es azul y cuando ríes  
su claridad suave me recuerda  
el trémulo fulgor de la mañana que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul y cuando lloras  
las transparentes lágrimas en ella  
se me figuran gotas de rocío  
sobre una violeta.

Tu pupila es azul y si en su fondo  
como un punto de luz radia una idea  
me parece en el cielo de la tarde  
una perdida estrella.

### XIV

Te vi un punto y flotando ante mis ojos  
la imagen de tus ojos se quedó,  
como la mancha oscura orlada en fuego  
que flota y ciega si se mira al sol.

Y dondequiera que la vista clavo  
torno a ver sus pupilas llamear;  
mas no te encuentro a ti, que es tu mirada,  
unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro

desasidos fantásticos lucir:  
cuando duermo los siento que se ciernen  
de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche  
llevan al caminante a perecer:  
yo me siento arrastrado por tus ojos,  
pero adónde me arrastran no lo sé.

### XV

Cendal flotante de leve bruma,  
rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro  
de arpa de oro,  
beso del aura, onda de luz,  
eso eres tú.

¡Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy a tocarte te desvaneces.  
Como la llama, como el sonido,  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul!

En mar sin playas onda sonante,  
en el vacío cometa errante,  
largo lamento  
del ronco viento,  
ansia perpetua de algo mejor,  
eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía  
los ojos vuelvo de noche y día;  
yo, que incansable corro y demente  
tras una sombra, tras la hija ardiente

de una visión!

**XVI**

Si al mecer las azules campanillas  
de tu balcón  
crees que suspirando pasa el viento  
murmurador,  
sabe que oculto entre las verdes hojas  
suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas  
vago rumor,  
crees que por tu nombre te ha llamado  
lejana voz,  
sabe que entre las sombras que te cercan  
te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche  
tu corazón,  
al sentir en tus labios un aliento  
abrasador,  
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo respiro yo.

**XVII**

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,  
hoy llega al fondo de mi alma el sol,  
hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado...  
¡hoy creo en Dios!

**XVIII**

Fatigada del baile,  
encendido el color, breve el aliento,  
apoyada en mi brazo  
del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa  
que levantaba el palpitante seno,  
una flor se mecía  
en compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar  
que empuja el mar y que acaricia el céfiro,  
tal vez allí dormía  
al soplo de sus labios entreabiertos.

¡Oh! ¡quién así, pensaba,  
dejar pudiera deslizarse el tiempo!  
¡Oh! si las flores duermen,  
¡qué dulcísimo sueño!

**XIX**

Cuando sobre el pecho inclinas  
la melancólica frente,  
una azucena tronchada  
me pareces.

Porque al darte la pureza  
de que es símbolo celeste,  
como a ella te hizo Dios  
de oro y nieve.

**XX**

Sabe si alguna vez tus labios rojos  
quema invisible atmósfera abrasada,  
que el alma que hablar puede con los ojos  
también puede besar con la mirada.

**XXI**

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul;  
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

**XXII**

¿Cómo vive esa rosa que has prendido  
junto a tu corazón?  
Nunca hasta ahora contemplé en el mundo  
junto al volcán la flor.

**XXIII**

Por una mirada, un mundo;  
por una sonrisa, un cielo;  
por un beso... ¡yo no sé

qué te diera por un beso!

**XXIV**

Dos rojas lenguas de fuego  
que a un mismo tronco enlazadas  
se aproximan, y al besarse  
forman una sola llama.

Dos notas que del laúd  
a un tiempo la mano arranca,  
y en el espacio se encuentran  
y armoniosas se abrazan.

Dos olas que vienen juntas  
a morir sobre una playa  
y que al romper se coronan  
con un penacho de plata.

Dos jirones de vapor  
que del lago se levantan,  
y al juntarse allá en el cielo  
forman una nube blanca.

Dos ideas que al par brotan,  
dos besos que a un tiempo estallan,  
dos ecos que se confunden,  
eso son nuestras dos almas.

**XXV**

Cuando en la noche te envuelven  
las alas de tul del sueño  
y tus tendidas pestañas  
semejant arcos de ébano,  
por escuchar los latidos  
de tu corazón inquieto  
y reclinar tu dormida  
cabeza sobre mi pecho,  
diera, alma mía,  
cuanto poseo,  
¡la luz, el aire  
y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos  
en un invisible objeto  
y tus labios ilumina  
de una sonrisa el reflejo,  
por leer sobre tu frente  
el callado pensamiento  
que pasa como la nube  
del mar sobre el ancho espejo,  
diera, alma mía,  
cuanto deseo,  
¡la fama, el oro,  
la gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua  
y se apresura tu aliento,  
y tus mejillas se encienden  
y entornas tus ojos negros,  
por ver entre sus pestañas  
brillar con húmedo fuego  
la ardiente chispa que brota  
del volcán de los deseos,  
diera, alma mía,  
por cuanto espero,

la fe, el espíritu,  
la tierra, el cielo.

**XXVI**

Voy contra mi interés al confesarlo,  
no obstante, amada mía,  
pienso cual tú que una oda sólo es buena  
de un billete del Banco al dorso escrita.  
No faltará algún necio que al oírlo  
se haga cruces y diga:  
Mujer al fin del siglo diez y nueve  
material y prosaica... ¡Boberías!  
¡Voces que hacen correr cuatro poetas  
que en invierno se embozan con la lira!  
¡Ladridos de los perros a la luna!  
Tú sabes y yo sé que en esta vida,  
con genio es muy contado el que la escribe,  
y con oro cualquiera hace poesía.

**XXVII**

Despierta, tiemblo al mirarte,  
dormida, me atrevo a verte;  
por eso, alma de mi alma,  
yo velo mientras tú duermes.

Despierta ríes y al reír tus labios  
inquietos me parecen  
relámpagos de grana que serpean  
sobre un cielo de nieve.



Dormida, los extremos de tu boca  
pliega sonrisa leve,  
suave como el rastro luminoso  
que deja un sol que muere.

¡Duerme!

Despierta miras y al mirar, tus ojos  
húmedos resplandecen,  
como la onda azul en cuya cresta  
chispeando el sol hierde.

Al través de tus párpados, dormida,  
tranquilo fulgor vierten,  
cual derrama de luz templado rayo  
lámpara trasparente.

¡Duerme!

Despierta hablas y al hablar, vibrantes  
tus palabras parecen  
lluvia de perlas que en dorada copa  
se derrama a torrentes.

Dormida en el murmullo de tu aliento  
acompañado y tenue  
escucho yo un poema que mi alma  
enamorada entiende.

¡Duerme!

Sobre el corazón la mano  
me he puesto porque no suene  
su latido y de la noche  
turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas  
cerré ya porque no entre

el resplandor enojoso  
de la aurora y te despierte.

¡Duerme!

### XXVIII

Cuando entre la sombra oscura  
perdida una voz murmura  
turbando su triste calma,  
si en el fondo de mi alma  
la oigo dulce resonar,

dime: ¿es que el viento en sus giros  
se queja, o que tus suspiros  
me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana  
rojo brilla a la mañana  
y mi amor tu sombra evoca,  
si en mi boca de otra boca  
sentir creo la impresión,

dime: ¿es que ciego deliro,  
o que un beso en un suspiro  
me envía tu corazón?

Y en el luminoso día  
y en la alta noche sombría,  
si en todo cuanto rodea  
al alma que te desea  
te creo sentir y ver,

dime: ¿es que toco y respiro  
soñando, o que en un suspiro

me das tu aliento a beber?

**XXIX**

La bocca mi bacció tutto tremante...

Sobre la falda tenía  
el libro abierto,  
en mi mejilla tocaban  
sus rizos negros:  
no veíamos las letras  
ninguno, creo,  
mas guardábamos ambos  
hondo silencio.

¿Cuánto duró? Ni aun entonces  
pude saberlo.  
Sólo sé que no se oía  
más que el aliento,  
que apresurado escapaba  
del labio seco.

Sólo sé que nos volvimos  
los dos a un tiempo  
y nuestros ojos se hallaron  
y sonó un beso.

Creación de Dante era el libro,  
era su Infierno.

Cuando a él bajamos los ojos  
yo dije trémulo:  
¿Comprendes ya que un poema  
cabe en un verso?  
Y ella respondió encendida:

-¡Ya lo comprendo!

**XXX**

Asomaba a sus ojos una lágrima  
y a mi labio una frase- de perdón;  
habló el orgullo y se enjugó su llanto,  
y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino: ella, por otro;  
pero al pensar en nuestro mutuo amor,  
yo digo aún ¿por qué callé aquel día?  
Y ella dirá ¿por qué no lloré yo?

**XXXI**

Nuestra pasión fue un trágico sainete  
en cuya absurda fábula  
lo cómico y lo grave confundidos  
risas y llanto arrancan.

Pero fue lo peor de aquella historia  
que al fin de la jornada  
a ella tocaron lágrimas y risas  
y a mí, sólo las lágrimas.

**XXXII**

Pasaba arrolladora en su hermosura  
y el paso le dejé;  
ni aun a mirarla me volví, y, no obstante,  
algo a mi oído murmuró: «ésa es».

¿Quién reunió la tarde a la mañana?  
Lo ignoro; sólo sé  
que en una breve noche de verano  
se unieron los crepúsculos, y... «fue».

**XXXIII**

Es cuestión de palabras, y no obstante  
ni tú ni yo jamás,  
después de lo pasado, convendremos  
en quién la culpa está.

¡Lástima que el Amor un diccionario  
no tenga donde hallar  
cuando el orgullo es simplemente orgullo  
y cuando es dignidad!

**XXXIV**

Cruza callada, y son sus movimientos  
silenciosa armonía:  
suenan sus pasos y al sonar recuerdan  
del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos  
tan claros como el día,  
y la tierra y el cielo, cuanto abarcan  
arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas  
del agua fugitiva:  
llora, y es cada lágrima un poema  
de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,  
el color y la línea,  
la forma engendradora de deseos,  
la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Qué es estúpida? ¡Bah! Mientras callando  
guarde oscuro el enigma,  
siempre valdrá lo que yo creo que calla  
más que lo que cualquiera otra me diga.

### XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día  
me admiró tu cariño mucho más,  
porque lo que hay en mí que vale algo,  
eso... ni lo pudiste sospechar.

**XXXVI**

Si de nuestros agravios en un libro  
se escribiese la historia  
y se borrarse en nuestras almas cuanto  
se borrarse en sus hojas;  
te quiero tanto aún; dejó en mi pecho  
tu amor huellas tan hondas,  
que sólo con que tú borrases una  
¡las borraba yo todas!

**XXXVII**

Antes que tú me moriré: escondido  
en las entrañas ya  
el hierro llevo con que abrió tu mano  
la ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré: y mi espíritu  
en su empeño tenaz  
se sentará a las puertas de la Muerte,  
esperándote allá.

Con las horas los días, con los días  
los años volarán,  
y a aquella puerta llamarás al cabo...  
¿Quién deja de llamar?

Entonces que tu culpa y tus despojos  
la tierra guardará,  
lavándote en las ondas de la muerte  
como en otro Jordán.

Allí donde el murmullo de la vida  
temblando a morir va,  
como la ola que a la playa viene,  
silenciosa a expirar.

Allí donde el sepulcro que se cierra  
abre una eternidad,  
todo cuanto los dos hemos callado  
allí lo hemos de hablar.

### XXXVIII

¡Los suspiros son aire y van al aire!  
¡Las lágrimas son agua y van al mar!  
Dime, mujer, cuando el amor se olvida,  
¿sabes tú a dónde va?

### XXXIX

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,  
es altanera y vana y caprichosa:  
antes que el sentimiento de su alma,  
brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,  
no hay una fibra que al amor responda;  
que es una estatua inanimada...; pero...  
¡es tan hermosa!



**XL**

Su mano entre mis manos,  
sus ojos en mis ojos,  
la amorosa cabeza  
apoyada en mi hombro,  
Dios sabe cuántas veces  
con paso perezoso  
hemos vagado juntos  
bajo los altos olmos  
que de su casa prestan  
misterio y sombra al pórtico.

Y ayer... un año apenas,  
pasado como un soplo,  
con qué exquisita gracia,  
con qué admirable aplomo,  
me dijo al presentarnos  
un amigo oficioso:

«Creo que en alguna parte  
he visto a usted.» ¡Ah bobos,  
que sois de los salones  
comadres de buen tono  
y andabais allí a caza  
de galantes embrollos;  
qué historia habéis perdido,  
qué manjar tan sabroso  
para ser devorado  
sotto voce en un corro  
detrás del abanico  
de plumas y de oro!

¡Discreta y casta luna,  
copudos y altos olmos,  
paredes de su casa,  
umbrales de su pórtico,

callad y que el secreto  
no salga de vosotros!  
Callad; que por mi parte  
yo lo he olvidado todo:  
y ella... ella, no hay máscara  
semejante a su rostro.

### **XLI**

Tú eras el huracán y yo la alta  
torre que desafía su poder:  
¡tenías que estrellarte o que abatirme!  
¡No pudo ser!

Tú eras el océano y yo la enhiesta  
roca que firme aguarda su vaivén:  
¡tenías que romperte o que arrancarme!  
¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo: acostumbrados  
uno a arrollar, el otro a no ceder:  
la senda estrecha, inevitable el choque...  
¡No pudo ser!

### **XLII**

Cuando me lo contaron sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas,  
me apoyé contra el muro, y un instante  
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche  
en ira y en piedad se anegó el alma  
¡y entonces comprendí por qué se llora  
y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... con pena  
logré balbucear breves palabras...  
¿quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...  
Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

### XLIII

Dejé la luz a un lado y en el borde  
de la revuelta cama me senté,  
mudo, sombrío, la pupila inmóvil  
clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así?  
No sé: al dejarme  
la embriaguez horrible de dolor,  
expiraba la luz y en mis balcones  
reía el sol.

Ni sé tampoco en tan terribles horas  
en qué pensaba o que pasó por mí;  
sólo recuerdo que lloré y maldije,  
y que en aquella noche envejecí.

**XLIV**

Como en un libro abierto  
leo de tus pupilas en el fondo.  
¿A qué fingir el labio  
risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences  
de confesar que me quisiste un poco.  
¡Llora! Nadie nos mira.  
Ya ves; yo soy un hombre... y también lloro.

**XLV**

En la clave del arco mal seguro  
cuyas piedras el tiempo enrojeció,  
obra de cincel rudo campeaba  
el gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,  
la yedra que colgaba en derredor  
daba sombra al escudo en que una mano  
tenía un corazón.

A contemplarle en la desierta plaza  
nos paramos los dos.  
Y, ese, me dijo, es el cabal emblema  
de mi constante amor.

¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:  
Verdad que el corazón  
lo llevará en la mano... en cualquier parte...  
pero en el pecho no.

**XLVI**

Me ha herido recatándose en las sombras,  
sellando con un beso su traición.  
Los brazos me echó al cuello y por la espalda  
partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,  
feliz, risueña, impávida, ¿y por qué?  
Porque no brota sangre de la herida,  
porque el muerto está en pie.

**XLVII**

Yo me he asomado a las profundas simas  
de la tierra y del cielo,  
y les he visto el fin o con los ojos  
o con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo  
y me incliné un momento,  
y mi alma y mis ojos se turbaron:  
¡Tan hondo era y tan negro!

**XLVIII**

Como se arranca el hierro de una herida  
su amor de las entrañas me arranqué,  
aunque sentí al hacerlo que la vida  
me arrancaba con él.

Del altar que le alcé en el alma mía  
la Voluntad su imagen arrojó,  
y la luz de la fe que en ella ardía  
ante el ara desierta se apagó.

Aun para combatir mi firme empeño  
viene a mi mente su visión tenaz...  
¡Cuándo podré dormir con ese sueño  
en que acaba el soñar!

### XLIX

Alguna vez la encuentro por el mundo  
y pasa junto a mí,  
y pasa sonriéndose y yo digo  
¿Cómo puede reír?

Luego asoma a mi labio otra sonrisa  
máscara del dolor,  
y entonces pienso: -Acaso ella se ríe,  
como me río yo.

### L

Lo que el salvaje que con torpe mano  
hace de un tronco a su capricho un dios  
y luego ante su obra se arrodilla,  
eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales a un fantasma

de la mente ridícula invención  
y hecho el ídolo ya, sacrificamos  
en su altar nuestro amor.

**LI**

De lo poco de vida que me resta  
diera con gusto los mejores años,  
por saber lo que a otros  
de mí has hablado.

Y esta vida mortal y de la eterna  
lo que me toque, si me toca algo,  
por saber lo que a solas  
de mí has pensado.

**LII**

Olas gigantes que os rompéis bramando  
en las playas desiertas y remotas,  
envuelto entre la sábana de espumas,  
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis  
del alto bosque las marchitas hojas,  
arrastrado en el ciego torbellino,  
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo  
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,  
arrebatao entre la niebla oscura,

¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad a donde el vértigo  
con la razón me arranque la memoria.  
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme  
con mi dolor a solas!

### LIII

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha a contemplar,  
aquéllas que aprendieron nuestros nombres...  
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas  
de tu jardín las tapias a escalar  
y otra vez a la tarde aún más hermosas  
sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar,  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas



como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido... desengáñate,  
así... ¡no te querrán!

**LIV**

Cuando volvemos las fugaces horas  
del pasado a evocar,  
temblando brilla en sus pestañas negras  
una lágrima pronta a resbalar.

Y al fin resbala y cae como gota  
de rocío al pensar  
que cual hoy por ayer, por hoy mañana  
volveremos los dos a suspirar.

**LV**

Entre el disorde estruendo de la orgía  
acarició mi oído  
como nota de música lejana,  
el eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco,  
formado de un aliento que he bebido,  
perfume de una flor que oculta crece  
en un claustro sombrío.

Mi adorada de un día, cariñosa,  
-¿En qué piensas? me dijo:  
-En nada... -En nada ¿y lloras?- Es que tengo

alegre la tristeza y triste el vino.

LVI

Hoy como ayer, mañana como hoy,  
¡y siempre igual!  
Un cielo gris, un horizonte eterno  
y andar... andar.

Moviéndose a compás como una estúpida  
máquina el corazón:  
la torpe inteligencia del cerebro  
dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,  
buscándole sin fe;  
fatiga sin objeto, ola que rueda  
ignorando por qué.

Voz que incesante con el mismo tono  
canta el mismo cantar,  
gota de agua monótona que cae  
y cae sin cesar.

Así van deslizándose los días  
unos de otros en pos,  
hoy lo mismo que ayer... y todos ellos  
sin gozo ni dolor.

¡Ay! ¡a veces me acuerdo suspirando  
del antiguo sufrir!  
¡Amargo es el dolor, pero siquiera  
padecer es vivir!

**LVII**

Este armazón de huesos y pellejo  
de pasear una cabeza loca  
se halla cansado al fin y no lo extraño  
pues aunque es la verdad que no soy viejo,

de la parte de vida que me toca  
en la vida del mundo, por mi daño  
he hecho un uso tal, que juraría  
que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,  
no podría decir que no he vivido;  
que el sayo, al parecer nuevo por fuera,  
conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí; ¡pese a mi estrella!  
harto lo dice ya mi afán doliente;  
que hay dolor que al pasar su horrible huella  
graba en el corazón, si no en la frente.

**LVIII**

¿Quieres que de ese néctar delicioso  
no te amargue la hez?  
Pues aspírale, acércale a tus labios  
y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce  
memoria de este amor?  
Pues amémosnos hoy mucho y mañana  
digámosnos, ¡adiós!

**LIX**

Yo sé cuál el objeto  
de tus suspiros es.  
Yo conozco la causa de tu dulce  
secreta languidez.  
¿Te ríes...? Algún día  
sabrás, niña, por qué:  
Tú lo sabes apenas  
Y yo lo sé.

Yo sé cuándo tú sueñas,  
y lo que en sueños ves;  
como en un libro puedo lo que callas  
en tu frente leer.  
¿Te ríes...? Algún día  
sabrás, niña, por qué:  
Tú lo sabes apenas  
y yo lo sé.

Yo sé por qué sonrías  
y lloras a la vez:  
yo penetro en los senos misteriosos  
de tu alma de mujer.

¿Te ríes...? Algún día  
sabrás, niña, por qué;  
mientras tú sientes mucho y nada sabes,  
yo que no siento ya, todo lo sé.

**LX**

Mi vida es un erial,  
flor que toco se deshoja;

que en mi camino fatal  
alguien va sembrando el mal  
para que yo lo recoja.

**LXI**

Al ver mis horas de fiebre  
e insomnio lentas pasar,  
a la orilla de mi lecho,  
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano  
tienda próximo a expirar  
buscando una mano amiga,  
¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie  
de mis ojos el cristal,  
mis párpados aún abiertos,  
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene  
(si suena en mi funeral),  
una oración al oírla,  
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos  
oprima la tierra ya,  
sobre la olvidada fosa,  
¿quién vendrá a llorar?

¿Quién en fin al otro día,  
cuando el sol vuelva a brillar,  
de que pasé por el mundo  
quién se acordará?

**LXII**

Primero es un albor trémulo y vago,  
raya de inquieta luz que corta el mar;  
luego chispea y crece y se difunde  
en gigante explosión de claridad.

La brilladora lumbre es la alegría;  
la temerosa sombra es el pesar:  
¡Ay! en la oscura noche de mi alma,  
¿cuándo amanecerá?

**LXIII**

Como enjambre de abejas irritadas,  
de un oscuro rincón de la memoria  
salen a perseguirme los recuerdos  
de las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!  
Me rodean, me acosan,  
y unos tras otros a clavarme vienen  
el agudo aguijón que el alma encona.

**LXIV**

Como guarda el avaro su tesoro,  
guardaba mi dolor;  
le quería probar que hay algo eterno  
a la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano y oigo al tiempo  
que le acabó, decir:  
¡ah, barro miserable, eternamente  
no podrás ni aun sufrir!

**LXV**

Llegó la noche y no encontré un asilo  
¡y tuve sed!... mis lágrimas bebí;  
¡y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos  
cerré para morir!

¿Estaba en un desierto? Aunque a mi oído  
de las turbas llegaba el ronco hervir,  
yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba  
desierto... para mí!

**LXVI**

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero  
de los senderos busca;  
las huellas de unos pies ensangrentados  
sobre la roca dura,  
los despojos de un alma hecha jirones  
en las zarzas agudas,  
te dirán el camino  
que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste  
de los páramos cruza,  
valle de eternas nieves y de eternas

melancólicas brumas.  
En donde esté una piedra solitaria  
sin inscripción alguna,  
donde habite el olvido,  
allí estará mi tumba.

**LXVII**

¡Qué hermoso es ver el día  
coronado de fuego levantarse,  
y a su beso de lumbre  
brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es tras la lluvia  
del triste Otoño en la azulada tarde,  
de las húmedas flores  
el perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es cuando en copos  
la blanca nieve silenciosa cae,  
de las inquietas llamas  
ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es cuando hay sueño  
dormir bien... y roncar como un sochantre...  
y comer... y engordar... ¡y qué desgracia  
que esto sólo no baste!



**LXVIII**

No sé lo que he soñado  
en la noche pasada.  
Triste, muy triste debió ser el sueño  
pues despierto la angustia me duraba.

Noté al incorporarme  
húmeda la almohada  
y por primera vez sentí, al notarlo,  
de un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño  
que llanto nos arranca,  
mas tengo en mi tristeza una alegría...  
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

**LXIX**

Al brillar un relámpago nacemos  
y aún dura su fulgor cuando morimos;  
¡tan corto es el vivir!

La Gloria y el Amor tras que corremos  
sombras de un sueño son que perseguimos;  
¡despertar es morir!

LXX

¡Cuántas veces al pie de las musgosas  
paredes que la guardan,  
oí la esquila que al mediar la noche  
a los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi silueta  
la luna plateada  
junto a la del ciprés, que de su huerto se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía de su ojiva calada  
¡cuántas veces temblar sobre los vidrios  
vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros  
de la torre silbara,  
del coro entre las voces percibía  
su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso por la desierta plaza  
se atrevía a cruzar, al divisarme el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno  
dijese a la mañana,  
que de algún sacristán muerto en pecado  
acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones  
del atrio y la portada;  
de mis pies las ortigas que allí crecen  
las huellas tal vez guardan.

Los búhos, que espantados me seguían  
con sus ojos de llamas,  
llegaron a mirarme con el tiempo  
como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles  
se movían a rastras,  
¡hasta los mudos santos de granito  
creo que me saludaban!

**LXXI**

No dormía; vagaba en ese limbo  
en que cambian de forma los objetos,  
misteriosos espacios que separan  
la vigilia del sueño.

Las ideas que en ronda silenciosa  
daban vueltas en torno a mi cerebro,  
poco a poco en su danza se movían  
con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos  
los párpados velaban el reflejo;  
mas otra luz el mundo de visiones  
alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído  
un rumor semejante al que en el templo  
vaga confuso al terminar los fieles  
con un Amén sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste  
que por mi nombre me llamó a lo lejos,  
y sentí olor de cirios apagados,  
de humedad y de incienso.

Entró la noche y del olvido en brazos  
caí cual piedra en su profundo seno:

Dormí, y al despertar exclamé: «¡Alguno  
que yo quería ha muerto!»

**LXXII**

Primera voz

Las ondas tienen vaga armonía,  
las violetas suave olor,  
brumas de plata la noche fría,  
luz y oro el día,  
yo algo mejor;  
¡yo tengo Amor!

Segunda voz

Aura de aplausos, nube radiosa,  
ola de envidia que besa el pie,  
isla de sueños donde reposa  
el alma ansiosa,  
¡dulce embriaguez  
la Gloria es!

Tercera voz

Ascuá encendida es el tesoro,  
sombra que huye la vanidad.  
Todo es mentira: la gloria, el oro.  
Lo que yo adoro  
sólo es verdad;  
¡la Libertad!

Así los barqueros pasaban cantando  
la eterna canción  
y al golpe del remo saltaba la espuma  
y heríala el sol.

-¿Te embarcas? gritaban,  
y yo sonriendo  
les dije al pasar:

Yo ya me he embarcado;  
por señas que aún tengo  
la ropa en la playa tendida a secar.

**LXXIII**

Cerraron sus ojos  
que aún tenía abiertos,  
taparon su cara  
con un blanco lienzo,  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron.

La luz que en un vaso  
ardía en el suelo  
al muro arrojaba  
la sombra del lecho  
y entre aquella sombra  
veíase a intervalos  
dibujarse rígida  
la forma del cuerpo.

Despertaba el día  
y a su albor primero  
con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
de vida y misterio,  
de luz y tinieblas,  
yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

De la casa, en hombros  
lleváronla al templo,  
y en una capilla  
dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
sus pálidos restos  
de amarillas velas  
y de paños negros.

Al dar de las Ánimas  
el toque postrero,  
acabó una vieja  
sus últimos rezos,  
cruzó la ancha nave,  
las puertas gimieron  
y el santo recinto  
quedóse desierto.

De un reloj se oía  
compasado el péndulo  
y de algunos cirios  
el chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
tan oscuro y yerto  
todo se encontraba  
que pensé un momento:

¡Dios mio, qué solos  
se quedan los muertos!

De la alta campana  
la lengua de hierro  
le dio volteando  
su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
amigos y deudos  
cruzaron en fila  
formando el cortejo.

Del último asilo,  
oscuro y estrecho,  
abrió la piqueta  
el nicho a un extremo:  
allí la acostaron,  
tapiáronle luego,  
y con un saludo  
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro  
el sepulturero,  
cantando entre dientes,  
se perdió a lo lejos.  
La noche se entraba,  
el sol se había puesto:  
perdido en las sombras,  
yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

En las largas noches  
del helado invierno,  
cuando las maderas  
crujir hace el viento  
y azota los vidrios  
el fuerte aguacero,  
de la pobre niña  
a veces me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
con un son eterno:  
allí la combate  
el soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
tendida en el hueco,  
¡acaso de frío  
se hielan sus huesos!...

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es, sin espíritu,  
podredumbre y cieno?  
No sé; pero hay algo  
que explicar no puedo,  
algo que repugna  
aunque es fuerza hacerlo,  
¡a dejar tan tristes,  
tan solos los muertos!

**LXXIV**

Las ropas desceñidas,  
desnudas las espadas,  
en el dintel de oro de la puerta  
dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros  
que defienden la entrada,  
y de las dobles rejas en el fondo  
la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen  
que en leve ensueño pasa,  
como rayo de luz tenue y difuso  
que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente  
deseo llena el alma;  
como atrae un abismo, aquel misterio  
hacia sí me arrastraba.

Mas ¡ay! que de los ángeles



parecían decirme las miradas  
-El umbral de esta puerta  
sólo Dios lo traspasa.

**LXXV**

¿Será verdad que cuando toca el sueño  
con sus dedos de rosa nuestros ojos,  
de la cárcel que habita huye el espíritu  
en vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,  
de la brisa nocturna al tenue soplo,  
alado sube a la región vacía  
a encontrarse con otros?

¿Y allí desnudo de la humana forma,  
allí los lazos terrenales rotos,  
breves horas habita de la idea  
el mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama  
y guarda un rastro del dolor y el gozo,  
semejante al que deja cuando cruza  
el cielo un meteoro?

Yo no sé si ese mundo de visiones  
vive fuera o va dentro de nosotros:  
pero sé que conozco a muchas gentes  
a quienes no conozco.

LXXVI

En la imponente nave  
del templo bizantino,  
vi la gótica tumba a la indecisa  
luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,  
y en las manos un libro,  
una mujer hermosa reposaba  
sobre la urna del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado  
al dulce peso hundido,  
cual si de blanda pluma y raso fuera  
se plegaba su lecho de granito.

De la sonrisa última  
el resplandor divino  
guardaba el rostro, como el cielo guarda  
del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra  
sentados en el filo,  
dos ángeles, el dedo sobre el labio,  
imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;  
de los arcos macizos  
parecía dormir en la penumbra  
y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave  
al ángulo sombrío,  
con el callado paso que se llega  
junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento  
y aquel resplandor tibio,  
aquel lecho de piedra que ofrecía  
próximo al muro otro lugar vacío,

en el alma avivaron  
la sed de lo infinito,  
el ansia de esa vida de la muerte  
para la que un instante son los siglos...

Cansado del combate  
en que luchando vivo,  
alguna vez me acuerdo con envidia  
de aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida  
mujer me acuerdo y digo:  
¡Oh, qué amor tan callado, el de la muerte!  
¡Qué sueño el del sepulcro, tan tranquilo!